

DESDE NAVARRA

Tal vez sea precisamente Navarra, o al menos a mí así me lo parece, el lugar menos apropiado para poder hablar, en el momento actual, objetivamente de Félix Huarte.

Para hablar de él desde aquí, yo tropiezo, en primer lugar, con la dificultad de tener que utilizar el pasado para algo que aún siento como presente, e incluso como futuro, cuyas dimensiones y alcance todavía no se pueden prever.

Y me resulta también difícil juzgar hechos, comportamientos y realizaciones que se han producido junto a mí, rodeándome y afectándome directamente en determinados casos, y que, si bien han enriquecido mi conocimiento con el valor del contacto humano, añaden una componente emotiva que me hace imposible recordarle, sin sentir una sensación de gran afecto por la persona antes de comenzar a considerar su obra.

Pero, realmente, creo que debe de ser así; o, mejor dicho, creo que es realmente así, y que si la obra no es, por lo general, más que el efecto lógico que tiene que producir un determinado hombre-obra, esta coherencia entre el hombre y su obra se manifestaba más clara y consecuentemente en el caso de Félix Huarte que en cualquier otro que yo haya conocido.

Para mí, navarro como él, y que conozco, por tanto, bastante de nuestras propias miserias, ya es suficientemente significativo el hecho de que el más fuerte impulso de origen no político ni religioso que ha conmovido, en los últimos años, a esta región agrícola, monolítica y estática, ha sido producido por un hombre como Huarte, lleno de dinamismo y rico en iniciativas, pero cuyo espíritu era una roca, y su corazón, a pesar de los pesares, estuvo siempre con la agricultura.

Porque, y esto para comprender su personalidad hay que decirlo pronto, Félix Huarte fue, antes que nada, un navarro total —incluso yo diría, utilizando la expresión francesa, que era un navarro “plus vraie que nature”— por eso, la primera sorpresa con que se encontrará cualquiera que intente indagar en busca de la razón de su éxito, de su sistema o procedimiento, en una palabra, de su secreto, la mayor sorpresa, repito, será la de no poder nunca ni siquiera atisbar su existencia, porque, como buen navarro, su secreto era precisamente ese. No tenerlos.

Decía las cosas como las pensaba, las hacía como creía que debía hacerlas, y nunca pensó que hubiese otro procedimiento que no fuera hacerlas bien —incluso yo diría que en más de una ocasión (tal vez el motivo de sus pocos no-éxitos) se excedía y las hacía demasiado bien.

Si este afán de hacer las cosas como es debido lo aplicaba a todas las actividades que acometía, es lógico que para Navarra, su Navarra, quisiera siempre lo mejor. Empezando por la propia Huarte y Compañía, que nació y sigue en Pamplona, la lista de industrias y empresas creadas en la región alrededor de él es casi interminable —“Imenasa”, “Inasa”, “Perfrisa”, “Comelsa”, “Papelería Navarra”, “Torfinasa”, “Mapsa”...—. Abarcó todos los campos, desde el hierro, el aluminio y el papel, hasta abonos, vinos y productos agrícolas. Cada empresa era una nueva lucha, una elaboración desde el principio, un volver a empezar. Como fue un volver a empezar su finca de Sarriá donde eligió conscientemente unos terrenos yermos para poder transformar, crear y lograr al fin su gran deseo oculto, volver a la tierra y llegar a ser agricultor.

Y ya al final buscó, se buscó, la mayor complicación de su vida; la vicepresidencia de la Diputación, el más alto y responsable puesto de Navarra —y volvió a empezar— carreteras, polígonos industriales, canales de riego, cambios de sistemas, convenios. Y así, empezando de nuevo le sorprendió la muerte. Luchando por todo con su eterno, inmutable y siempre renovado interés.

Porque cuando acometía una nueva empresa, lo hacía con tanta entrega, ilusión y meticulosidad como si fuera la primera iniciativa realizable de su vida. No ahorra pasos, ni consultas, ni estudios, ni

medios. Buscaba cuidadosamente los técnicos que consideraba más idóneos y, una vez hecha la elección, depositaba en ellos una confianza casi abrumadora. Si después, el trabajo que le presentaban estaba seriamente estudiado y razonado (y lo digo por propia experiencia) aceptaba todo; pero si tenía los pies de barro (y sigo hablando por experiencia propia) tiraba por tierra, con la misma tranquilidad, todo lo que no consideraba admisible.

Para mí, una de sus mayores virtudes (y esto no estoy del todo seguro de que sea muy navarro) era la de no dejar de decir una cosa agradable cada vez que así lo sentía; y en estos casos un elogio suyo era siempre tan expresivo que afectaba profundamente, tanto más conociendo su absoluta sinceridad que, por supuesto, había de ser la misma si llegaba el caso contrario y no se trataba precisamente de elogiar.

Aunque yo no llegué a realizar ninguna obra particular para él, si tuve bastantes contactos profesionales por algunas de sus empresas y, últimamente, redacté, ya por encargo suyo, dos anteproyectos que, luego, por diversas circunstancias, no pasaron más adelante. Al principio, cuando yo estaba muy verde y aún no le conocía bien, temía su presencia en las reuniones creyendo que iba a echar abajo mis pseudo-vanguardismos para intentar imponerme una arquitectura más tradicional y, tontamente, me empañaba en defender, a priori, lo que nadie iba a atacar y no justificaba, en cambio, defectos verdaderos por donde me cogía, siempre, al final. Entonces aprendí que lo único que hacía falta era hacerle las cosas bien, bien sin trampas, y no intentar engañarle ni engañarme a mí mismo.

Cosas tan elementales y tan sencillas como ésta y como la sinceridad, y como la ilusión, y como la constancia, y como el confiar en los demás, y como el amor al riesgo y al trabajo bien hecho, y muchas cosas más, nos las enseñó, con la práctica, Félix Huarte a Navarra y a mí. Pero mucho me temo que ninguno de los dos hayamos salido alumnos demasiado aventajados.

Con Huarte todos teníamos realmente las mismas oportunidades y si todos en los que él confió hubiéramos puesto en nuestro trabajo la misma ilusión y el mismo interés que él ponía en todo lo que emprendía, otro gallo nos cantara. Porque puso esta misma ilusión y este mismo interés en cada uno de los escalones por los que, desde el de más abajo, tuvo que pasar en la vida, y si en la vida no se saltó ninguno porque no pudo, luego, en cada empresa que acometió, no se lo saltó porque no quiso. Porque había aprendido que lo que no se hace bien desde el principio, y bien en cada una de sus etapas, no tiene más que un final, un resultado. Y este resultado era lo que él probablemente más odiaba. La chapuza.

Y, se me ocurre ahora, que la vida de este hombre, que empezó entre ladrillos y acabó en grandes sillones de grandes empresas, pero siempre alrededor de la construcción, podía definirse con un término muy de nuestro oficio. Fue la antichapuza.

Ojalá que, ahora que se ha ido, y sigo hablando de Navarra y como navarro, no convirtamos todo lo que tan cuidadosa y afanosamente puso en marcha a lo largo de toda su vida, en esa chapuza que tanto odiaba y que sería para él su mayor castigo.

Sería un terrible, un cruel, un imperdonable sarcasmo.

FERNANDO REDÓN